

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMEROS MOVIMIENTOS DEL TURCO
 contra Belgrado: Y notables Visiones, que tubo San Juan
 de Capistrano antes de romper
 la Guerra.



SIEMPRE fùe admirable, y digno de toda veneracion el estilo de la Divina Bondad en la proteccion, y defension de su Pueblo, contra los enemigos de su Santo Nombre. Permite no pocas vezes, que la arrogante soberbia de estos ponga debaxo de sus pies à los escogidos, haziendoles gemir, brumados con el peso de la tyrania: y en tiempo oportuno los redime maravillosamente de tan infame seruidumbre, embiandoles el auxilio del Monte de su Misericordia: para que cogiendo antes con la resignacion, y paciencia el fruto de la tribulacion, logren despues con mas plenitud de gozo las finezas del Amor Divino, las providencias de su Sabiduria, y las invencibles eficacias de su poderosa Diestra. Esta verdad, contestada por larga succession de siglos, desde el principio del Mundo, hasta oy, con varios successos, que se dexan ver en Historias Divinas, y Ecclesiasticas, campeò prodigiosamente con inefable gloria del Dulcissimo Nombre de JESVS, en la milagrosa, y toda portentosa Victo-

ria, que por medio de las Oraciones, merecimientos, y sudores de S. Juan de Capistrano, nuevo Gedeon de la Ley de Gracia, concedió el Señor Dios de los Exercitos à las Armas de su Santa Iglesia.

La narracion de esta maravilla del poder Divino, diéron à la luz de la prensa con elegancia, y Magestad, entre otros Historiadores antiguos, Bonfinio, y Nauclero. Verdad es se delavian estos, y los que los siguen (que son casi todos) en puntos bien substanciales, de lo que dexaron escrito algunos de los Compañeros del Santo; especialmente Fray Nicolás de Fara, y Fray Juan de Taglacocio, que se hallaron presentes à los mas de los successos de esta guerra: à la qual los llevò el desseo de rubricar las verdades de nuestra Santa Fè con la sangre del martyrio: circunstancia, que sobre la de testigos oculares, los haze de mayor excepcion para la fe, que pide la Historia, y los concilia por Varones Apostolicos, toda aquella autoridad, que les pudiera disminuir la pansion de Domesticos. Por esta razon el B. Jacome de la Marca (celebre Predicador de Italia por aquellos

Bonfin. De
 cada 3. lib.
 8. de Bello
 Hungarico

Naucler.
 Volum. 2.
 Generat.
 49. & alij.

tiem-

Taglacoc.
 apud Vva-
 ding. tom.
 6. ad ann.
 1456. n.
 43.

tiempos, y esclarecido en virtudes, y milagros) pidió al referido Fray Juan Taglacocio, le embiasse vna relacion sumaria de todos los successos de la Victoria, à fin de predicarla al Pueblo, para moverle al debido hazimientto de gracias. Así lo executò Taglacocio, como consta de la Prefacion de su narrativa, que traducida casi verbalmente à nuestro Vulgar, dize de esta manera: Aunque es verdad, Devotissimo Padre, podian otros tratar este assunto con mas facundia, y ornato: con todo esto, porque V. P. así lo quiere de mi (que disponiendolo la Divina Clemencia, y el impulso de V. P. me hallè presente con el Bienaventurado Varon de Dios) dirè sencillamente, y verdaderamente el successo, descauydando de la hermosura de las voces, que regalan el oido, escribiendo solamente con palabras simples la verdad de la Historia pura. El mismo Dios Clementissimo inoñte sobre mi, pecador, el rocio de su gracia, para que pueda dezir dignamente con toda verdad, lo que vicon mis propios ojos, y toquè con mis propias manos: y tambien para que con las cosas, que he de referir delante de Dios, sea magnificado el Santo, y terrible Nombre de JESVS: los Fieles sean mas ardentemente encendidos en su veneracion, y culto; y se haga celebre el zelo, la devocion, el fervor, y el rendimiento del Bienaventurado Padre Fray Juan de Capistrano, à la Sacrosanta Romana Iglesia. Recibe, pues, V. Padre, la serie de la Historia prometida, y en aviendola comprehendido, predicala publicamente a los Pueblos con el ferventissimo espiritu, que acostumbra. Signiendole, pues, la relacion de testigo tan calificado, proseguirè, dando à mi estilo las principales Parte V.

noticias, que me administra su pluma.

Corria ya muy adelante la Primavera del año del Señor de mil quatrocientos y cincuenta y seis, en que San Juan de Capistrano esperaba llegassen à la Hungria las Tropas Auxiliares de los Principes Catholicos, segun lo resuelto en las Dietas Generales de Francfordia, y Ciudad-Nueva. Así por esto, como porque temia prudentemente no adelantasse el Turco los movimientos, antes que pudiesen impedirlos, ni observarlos los Hungaros, daba notable calor à las disposiciones de la Campaña; principalmente al Exercito de Cruzados, que corria debaxo de su conducta. En esto estaba todo embebido, quando le despacharon dos Correos: vno el Governador del Castillo Miguel de Zilago; y otro, aquel celebre General de las Armas Catholicas, Juan Corvino de Huniades, digno de la memoria de todos los siglos; llamado Corvino, del Lugar de su nacimiento; y Huniades, de vna Fortaleza, que fundò. Ambos le daban aviso como el Turco se movia contra Belgrado por tierra, y agua, poblado el Danuvio con vna poderosa Armada, è inundando la Campaña con vn formidable Exercito. Que la Fortaleza se hallaba sin Guarnicion, sin viveres, sin municiones: y que siendo la llave principal del Reyno, podrian, tomada ella, entrar por toda la Hungria sin oposicion alguna; si antes no se ocurriría à tan fatal peligro, con oportuno remedio. Y en conclusion, que recogiesse las Milicias de Cruzados, que estuviessen mas à la mano, y con ellas, y las posibles municiones de guerra, y boca se encaminasse à la Plaza, donde era indispensable su asistencia. Al mismo tiempo, para añadir dolor à su dolor, llegó à oidos del Bendito Santo la melancolica voz de que Ladis-

M

lao,

lao, y los Principes del Reyno, contentados con el aviso del sobervio poder del Turco, se salieron fugitivos de Buda, donde el Rey tenia su Corte; disfrazando la ignominia de la fuga con el hermoso pretexto de la caza, y tratando solo de asegurar sus personas.

No cabe en ponderacion el agudo cuchillo, con que hirieron el coraçon del zeloso Caudillo del Señor de los Exercitos estas fatales noticias, hallando en lo despejado de su discurso, y en lo ardiente de su zelo la digna ponderacion, que merecian para la pena. Veia à la Christiandad casi postrada debaxo del cuchillo de los Barbaros; y que quanto estos velaban para el daño, tanto dormian los Principes Catholicos para el remedio. Veia en mucha parte logrados los orgullos del demonio en ofensa, y ultrage de la Iglesia: y frustrados los casi inmenfos afanes, y sudores, en que se avia empeñado, para promover, y confederar las Armas Christianas en defenfa, y exaltacion del Nombre de N. S. Jesu Christo. Veia, que los mas poderosos de la Hungria vencidos, antes del temor, que de las armas, bolbian las espaldas al peligro, buscando en la fuga la seguridad, y quitando las fuerças à los animos inferiores con tan vergonçoso exemplo. Todas estas cosas, bastantes cada vna para asumpo de vn sentimiento grande, concurrían amontonadas en el coraçon del Siervo de Dios, conspirandose en quebrantarle: y aunque remplaba mucho su quebranto en la parte superior del animo con el rendimiento à la voluntad Divina, todavia no dexaba de hazer su efecto en lo flaco, y enfermo de la naturaleza.

Reforzabale la tribulacion del Santo en dos enigmaticas Visiones, que predicando el año antecedente en Belgrado, Theatro destinado à su

conflicto, y a su gloria, le avia el Señor mostrado, dexandole la inteligencia de ellas oculta. Dispulso así con sapientissimo acuerdo, para que esta ignorancia dexasse en Capistrano abierto el campo al entendimiento, y con aprehensiones funestas, y discursos melancolicos apretasse las bueltas à los cordeles de su dolor, cogiendo en su heroyco sufrimiento el fruto de la paciencia. Estas Visiones dexó escritas el Siervo de Dios en vna Carta, que dirigió al Cardenal Firmiano, Protector de toda nuestra Religion Seráfica; y se las refiere con estas palabras formales, traducidas à nuestro Vulgar:

„ Vi quatro caudalosos Rios, que todos entre si lidiaban con porfiada, y reñida contienda. De estos, el primero traia su curso del Oriente; el segundo, del Occidente: el tercero, del Medio-Dia: y el quarto, del Septentrion. Cada vno con igual empeño, y repetidos embates, pretendia la entrada en el Mar grande; para arrebatarle, con tanta avaricia, como violencia, todo el caudal de las aguas en los fluxos, y refluxos de las ondas: y al fin, despues de vn largo combate, vino à quedar la Victoria por el Rio Occidental.

„ En este mismo dia vió tu humilde Siervo (prosigue el Santo) vna gran batalla en el Cielo: las Estrellas, y la Luna peleaban contra el Sol, y hizieron Victoria. Admirando estas cosas, poseido del pasmo, è ignorando, que quisiesen significar; oí, que me dixeron: Sol à Luna superatus est, iudicia Dei abyssus multa. El Sol fud vencido de la Luna: mucho abyssos son los juicios de Dios. Atonito lloraba yo, porque no encontraba Adivino de el Cielo, que descifrasse el pronóstico de estas cosas: y bolvió à re-

sonar la voz del Espiritu: *Incomprehensibilia sunt iudicia Dei: abyssus abyssum invocat.* Los juicios de Dios son incomprehensibles: vn abyssos llama à otro abyssos. Instaba aun todavia en buscar la Inteligencia; y percibi solamente esta final conclusion: *Maior serviet Minori: et finis propeat.* El Mayor servirá al Menor: y el fin viene muy aprisa. Esto es, lo que vi; no mas. Delate, y desembuelva estos mysterios aquel, de quien es propio hazer, y deshazer los nudos.

Siempre temió el Siervo de Dios (aunque con vn temor, que no pasaba de rezelo) que tan funestas representaciones amenazaban castigos de la Divina Justicia, provocada à la vengança con las repetidas ingratitudes de los mortales. Con este dolor multiplicaba gemidos, y oraciones, forcejando à esfuerzos de su caridad, como otro Moyses, con el mismo Dios, para desarmarle los enojos contra su Pueblo. Pero aora reniendole à la vista el formidable Exercito de Turcos destinado à combatir la Iglesia, dió por cierto en su aprehension, se avia ya llegado el tiempo de descifrar el enigma, en que las Estrellas con la Luna alcançaban victoria del Sol. La innumerable multitud de Barbaros, que viviendo en la obscurissima noche del Alcorán, señala Verdades, y corona Turbantes con la Divisa de la Media-Luna; le ponía delante de los ojos el Exercito de la Luna, y las Estrellas, que se avia manifestado en la Vision pasada. Bolvia despues la vista à la Iglesia Militante, y atendia en ella al Summo Pontifice, como Sol en su Cielo, presidiendo al dia de las verdades Catholicas. Combinaba finalmente vno, y otro significado, y deducia de la combinacion esta fatal consecuencia: Lue-

Parte V.

go los Turcos, representados en las Estrellas con la Luna, han de triunfar del Monarca de la Iglesia, el Summo Pontifice, significado en el Sol. Vencido su triste pensamiento de tan funesto discurso, dió la vltima buelta de cordel à la pena del coraçon. Reventó el dolor por los ojos sin perjuicio de la magnanimidad, y confesaron ellos, con lo que hablaban las lagrimas; era grande como el Mar la contricion de su pecho, y duro como el infierno el zelo de su Espiritu.

Pero al modo que el calor por la obfistencia vigorosa de el ambiente frio, que le cerca, se reconcentra, y fortifica en si mismo, para salir despues con invencible actividad à desahazer el rigor contrario: Así S. Juan de Capistrano, cercado en esta ocasion del confuso tropel de los temores, que en tanto conjunto de fatalidades por todas partes le combatian, reconcentró en su pecho todo el fuego del zelo Catholico, y reforzandose con la confiança en el Divino poder, que resplandece gloriosamente en serenar las tormentas de espíritus atribulados: rompió el yelo de los temores, alentó esperanças contra esperanças, perseveró constante en sus oraciones; y triunfó primero de sí para triunfar de los enemigos despues.



M 2

CA

CAPITULO II.

CONVELA DIOS NUESTRO SEÑOR

à su Siervo por medio de otra Vision admirable, que sirvió de feliz auspicio de la Victoria.

A Penas ay Invierno tan riguroso, ni tinieblas tan funestas, y prolongadas en el camino del espíritu, à que no succeda la Primavera, y la luz de la Divina consolacion. Nada mas que esta verdad experimentan cada día los Varones verdaderamente mortificados, y espirituales; ni otra cosa nos enseñan con mas frecuencia las Santas Escrituras: sin duda para que prevenidos, y alentados con la esperanza de la consolacion, y del alivio, tolerèmos con dilatado coraçon las tribulaciones, y trabajos. En el crisol, de los que dexo referidos, avia ya el Señor probado la fidelidad de su Siervo Capistrano, y para enjugar sus lagrimas infundió en su coraçon vna dilatadissima confianza en el Divino poder, sirviendo como de crepusculo al dia del soberano favor, que le estaba prevenido. Con esta confianza, y con la heroyca magnanimidad, con que sabia suprimir sus penas en lo mas hondo del animo, para que no se afomassen al rostro en las funciones del valor: recogió todas las Milicias de Cruzados, que estuvieron mas promptas; juntò viveres; previno armas; y ordenando la mayor parte de la Gente en Batallones de Infanteria, los hizo marchar à Belgrado por la vanda del Danuvio. El Santo se hizo al

agua, Capitaneando cinco Bergantines, en que fletò el resto de Cruzados, de que fue ron capaces. Dieron todo el arte, y las fuerças à los remos; con que corrió la Playa, hasta aportar en la celebrada Plaza del Gran-Varadin, donde saltò à tierra, para celebrar el Santo Sacrificio de la Mista.

Estando en ella, en el primero de sus Mementos, renovò su dolor con la memoria del fatal peligro, que amenazaba à la Christianidad, y empezó à clamar al Cielo, pidiendo auxilio contra los Turcos; no con menos abraxado espíritu, que Gedeon contra los Madianitas. Hazia cargo al Señor: de sus antiguas misericordias; reconveniale con las palabras de sus promessas; disculpaba en la fragilidad las culpas de los Catholicos; y pretendia por todos caminos desamarr los rigores de la Divina Justicia. Así oraba, penetrando los Cielos con el gemido de su Oracion; quando herido de su fuerça el coraçon Divino para darle prendas de la futura Victoria, le disparò de su aljaba vna hermosa, y resplandeciente saeta, que rompiendo, y encendiendo el ayre à manera de exhalacion, vino à caer sobre el Ara del Altar, donde celebraba Mista. Reparò con atencion, y advirtió, que en toda la saeta estaba gravada con vistosas cifras, y caractères de oro esta clausula, que dezia: *Ne timeas, Ioannes, sed securus, et coepisti, descende; quia in virtute Nominis mei, et Sanctissime Crucis Victoriã de Turcis obtinebis.* No temas; Juan; sino seguro, como empezaste, camina, y date prisa en tu empeño: porque en virtud de mi Nombre, y de mi Santissima Cruz, has de triunfar de los Turcos.

Este

Este feliz auspicio de la Victoria acabò de desterrar lo insausto de las Visiones passadas, y de serenar la borrasca, que los temores avian levantado en su coraçon. Mas nõ solo se serenò, sino que se hallò revestido de todo el Espiritu del Señor (como del mismo Gedeon, dize la Escritura Santa) y de vna fortaleza tan superior à todas las fuerças humanas, que desde esta ocasion, ni pudo, ni supò temer en quantos peligros se le ofrecieron (que fueron muchos, y gravissimos, segun que frè diziendo) hasta la entera conclusion de la Batalla. Así por estos efectos, como por la abundancia de paz, y alegria, que se avia derramado del espíritu en todas las facultades de la parte inferior, conociò con evidencia, que la saeta aguda, disparada de la mano del todo poderoso, era saeta de salud para su Pueblo; y saeta de muerte para el Turco: como la otra, que para profetizar la Victoria contra el Barbaro Rey de Siria, disparò Joas à persuasiones de Eliseo, por la ventana del Oriente.

Luego que el Santo diò fin à la Mista con hazimiento de graças, comunicò sencilla, y docilmente à su Confesor toda la serie de la Vision escrita: diligencia, que acabò de calificarla de Celestial; pues las que nõ lo son, de ordinario dexan apego, è inflexibilidad en el juicio; y dureza, y vanagloria en la voluntad. Era dentro en la facultad Mystica el Confesor (no dizen los Historiadores su nombre; y nõ se si cierto, por que le callan) con que tuvo poco que detenerse en la calificacion de este favor soberano; así por los efectos de el, como por la calidad del espíritu, que le avia recibido. En atencion à vno, y otro, passò à mandarle lo predicasse publicamente, para que su noticia resucitasse en los coraçones del Pueblo,

Parte V.

y de los Soldados las esperanças de la Victoria. Fue la resolucion del Confesor en esta ocasion muy importante: y otro menòs resuelto, ò mas atado; quizá tropezara en sacar à la luz de la publicidad, lo que siempre suele estar mas seguro en el Arçivo del silencio. Pero en Espiritus Heroycos, zanjados profundamete en humildad, y desprecio proprio; y que los guía el Señor à la eminencia de la perfeccion por rumbos extraordinarios, colocandolos en ella como luzes sobre el candelero, y como Ciudades sobre el monte para el bien publico de su Pueblo: en tales Espiritus, pues, nõ es temeridad, y es destreza desatender tal vez las cautelas de la prudencia comun, para nõ frustrar los particulares fines, que pretende en sus escogidos la Providencia Divina. Obedeciò sin replica el Siervo de Dios, como el que sabia la seguridad del obedecer: y cediendo esta vez à la humildad la llave de sus secretos à la obediencia para el empleo de la caridad, predicaba sencillamente toda la serie de la revelacion referida. Con esto infundió tal valor en los Cruzados; que de timidos casi passaron à temerarios; segun que lo acreditò el heroico ardimiento, con que se arrojaban à los empeños en las funciones de mas peligro.

Tambien à fin de radicar mas profundamente en los coraçones la fe de la Victoria, que se avia de alcançar por virtud de la Santa Cruz, teñida en la Sangre de Jesus Nuestro Salvador; mandò se fixasse la roxa, y la grada Divina de la misma Cruz en todas las Vestiduras Sacerdotales, y Ornamentos de los Altares. Quando esto se executaba, repetia con indecible jublio de su Espiritu aquellas palabras del Apostol: *Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Iesu Christi, &c. Lexus est de mi gloriarme in cruce*

M 3

cosa, que en la Cruz de N. S. J. esu Christo; por cuyo amor el mundo está crucificado para mi, y yo para el mundo. En fin, contenta, y animada su Gente, y dadas todas las disposiciones, que parecieron convenientes, bolvió à tomar la Playa con los cinco Bergantines: y por la mañana, dia legundo de Julio, consagrado al Mysterio de la Visitación de MARIA Santísima, visitò el Siervo de Dios la Plaza de Belgrado, y entrò en ella como nuevo espíritu, que la restituia à la vida, desferrando la tristeza mortal, en que yazia sepultada: con muchas muertes à los ojos para la congoja; y sin manos, ni corazón para la defenja.

CAPITULO III.

P ADECE CAPISTRANO VNA deshecha borrasca en el Danuvio; por cuyo medio le libra Dios Nuestro Señor con admirable providencia de las manos de los Turcos.

LA celeridad, con que el Exercito, y Armada del Turco adelantaban por tierra, y agua sus movimientos, hizo poner en arma, mas en la apariencia, que en las veras, al Capitan General Huniades: y con la Gente precisa de su Guardia, y algunos Paysanos, salió de Belgrado poco antes que Capistrano llegasse. Continuando su Marcha el General, pasó à ocupar à Carin, Poblacion situada en la Ribera del Danuvio, y distante quatro leguas Hungaras de la Plaza. Ocupò este puesto, no con designio de entrar en operacion alguna, porque la falta de Gente le tenia atadas las manos; sino para probar la fortuna de detener las Galeras enemigas, mas que à fuerza de las Armas, a la de su Nombre, formidable entre los Barbaros por las gloriosas Victorias, con que domò sus orgullos. Para dar ma-

yor cuerpo a este designio; y ponerle à la vista del Turco con mas crecido bulto, despachò vn Correo à Capistrano en el mismo dia, que este llegó à Belgrado, pidiendo, que de los Cruzados, con que avia entrado en la Plaza, le conduxesse algunas Compañias. Pufolo el Santo en execuciones, y despues de aver celebrado el tremendo Sacrificio de la Misa, sin dár lugar al descanso, embarcó en tres de los cinco Bergantines algunas Compañias de Cruzados, y con ellos enderezò la proa à Carin. A este mismo tiempo, ignorandolo el Santo (porque Huniades, ò no tuvo ocasion, ò tuvo olvido de despachar contraorden) avia desamparado el puesto, y retiradose la tierra adentro; à causa de que los Turcos informados ya por sus Espias de lo indefenso, que se hallaba, se acercaron à Carin, con animo de atacarla: pero viendo el passo sin disputa, siguieron su rumbo de Belgrado. Por este accidente el Siervo de Dios, y los tres Bergantines, huvieran caído infaliblemente en las manos de la Armada Barbara, donde, ò la muerte, ò la prision de toda nuestra Gente fuera inevitable. Mas la Divina Providencia, que estava ya empenjada à favor de su Siervo en esta Guerra, previno, y desviò el peligro con el siguiente milagro.

Serian como las doze, y ardia el Sol en el Zenith con lo mas vigoroso de su llama; quando despejado el Cielo, tranquilo el viento, folegado el Danuvio, y en silencio las olas; combidaba la Playa al sueño, meciendo los Baxeles el blando, y sereno movimiento de las aguas. Con igual, sino con mayor serenidad de Espíritu, navegaba el Santo, fixa siempre la proa de su esperanza en la virtud del Dulcissimo Nombre de JESVS: y de repente se levantaron en la Region del ayre negras, y pavorosas nubes, que em-

ba:

barazando la luz al Sol, dexaron la tierra sepultada en confusion, y tinieblas. Eran estas (sin encarescimiento) tan palpables, que los Navegantes, sin poder visar de la vista, se servian del tacto, para distinguirse. Hazia mayor el pavor vn furioso aguazero, despedido de las nubes entre el estruendo, y asombro de truenos, y relampagos; cuya luz daba mas cuerpo à las tinieblas con el deslumbramiento de los ojos. En competencia del Cielo se embraveció el Danuvio, y agitado de recios, y encontrados vientos; y como si bramasse de corage con el sonido de sus ondas; las encespò de fuerte, que arrebatò los remos, y quedó hecho arbitro del movimiento de los Baxeles.

Mas que estos zozobraban los Navegantes; los quales admitiendo en el corage todo el pavor; que les entraba por los ojos, no daban lugar; à que la fe, y esperanza de salvamento, que les predicaba el Santo, entrassen por el oido. Crecian los clamores de los Fluctuantes al compàs de los silvos de los vientos; y bramidos del Danuvio; y quando juzgaron era ya desesperada la bonança; se hallaron impensadamente en ella; porque retrocediendo los Buques à embates de las ondas, entraron en el Muelle; de modo, que en brazos del peligro caminaron à la seguridad. Reconocieron esta dicha con hazimientto de gracias à la Bondad Divina, luego que saltaron en tierra: porque instantaneamente calmaron los vientos; se serenaron las olas, cesò la lluvia; desaparecieron las nubes, se puso el Cielo de paz, y bolvió el Sol à restituir su luz. Con ella vieron como la Armada enemiga, arredrada con la borrasca, se estava surta en el mismo puesto, donde llegaban nuestros Baxeles, quando la tormenta les hizo retroceder. Allí se estubo clavada, sin

moverse, todo el tiempo necesario, para que Capistrano saliesse, y entrasse en Belgrado à dar las providencias convenientes para la defenja. Sin duda aquella invisible mano, que en el principio del mundo puso freno al Mar; para que no passasse sus terminos; tuvo tambien à raya en esta ocasion las Galeras Turcas à favor de su Siervo, que à costa de tan manifestos peligros sollicitaba la gloria de su nombre; y honor de su Catholica Fè.

CAPITULO IV.

DESCRIPCION DEL EXERCITO, y Armada de los Turcos.

A Delantaron los Barbaros sus marchas por tierra, y el dia tres de Julio por la mañana aparecieron las Guardias abangadas à vista de la Plaza; à distancia poco mas que de tiro de cañon. Fueron llegando despues las Tropas, pero tan amontonadas, que el dia quatro al caer de el Sol, ya estava à la frente de Belgrado todo el grueso del Exercito: bulto formidable, que hizo segunda noche à los corages de los Ciudadanos; añadiendo estos al número de los enemigos, todos los que las sombras de la obscuridad, y de la tristeza multiplicaban en la imaginacion.

Verdad es era el Exercito tan exorbitante, que solo se podrá hazer algun concepto de su descomunal grandeza, midiendole por la soberbia; por el designio, y por el poder del Barbaro, que le mandaba. Era este Malomet II. Hijo de Amurates; y Emperador de los Turcos: Hombre (si debe llamarse así) de ferocissimo zelo en el honor de su Secta; y de cruelissima ambicion en la extension de sus Dominios. Emperador; que traia perpetuamente la ira en el semblante.

bante, para ostentar magestad; y la sobervia en el espíritu, y en la cabeza, para presumir sentarse (nada inferior à Luzifer) en el Monte del Testamento. Barbaro, sediento de sangre Catholica; à cuyo corazón el estrago era lisonja; la crueldad; entretenimientos; la sevicia, diversion; y musica, los gritos del infeliz. Tenia, en fin, todas las horribles calidades de aquellos monstruos, que sirven de azòte para los Christianos en la mano de la Justicia Divina. Tal fuè, y tal era este Mahomet, que pocos años antes del sitio de Belgrado se avia coronado (mas por los pecados de los Griegos, que por el valor de los Turcos) Emperador del Oriente; entrando espada en mano à Constantinopla: cuyas Calles, y Plazas anegadas en sangre de Christianos gritaron dolorosos ecos de la tristissima y desolada Jerusalem.

Quedò el Barbaro tan arrogante con la gloria de este triunfo, y tan satisfecho de sus fuerças sobre las de todos los Príncipes Catholicos, que celebrò solemne juramento por la ley, y vida de su Profeta Mahoma, de perseguir à la Christianidad hasta el ultimo exterminio; borrando de la tierra la memoria, y el Nombre de Christo con la sangre, que anhelaba, y presumia verter de todos sus seguidores. Para que resonasse por todas las Naciones del mundo la voz de tan altivo intento, mandò publicar vn Vando, en que intimo, debaxo de atroces penas, que de allí en adelante todos sus Vasallos le intitulasen con el formidable Epitheto de *Terror del Orbe: Orbis terror voluit appellari*, dicen los Historiadores, al referir el presumptuoso desvario del Barbaro. Y para dar à tan atroz renombre todo el lleno del horror, que sonaba; estubo juntando, y previniendo en todos sus bastos, y dilatadissimos Dominios por espacio de tres años el formidable Exercito, y

Armada, con que por tierra, y agüa se puso à las puertas de la Hungria.

De aqui se infiere con bastante probabilidad, aver sido los Turcos, que sacò Mahomet à la Campaña para esta facción, los quatrocientos mil, que dize Juan Thuroso en su Historia Hungarica, y Abraham Bakfcha en la Chronologia de la Hungria; y los mismos, con que acababa de entrarse el Barbaro por la Rasela, como el Bendito Capistrano lo escribe al Duque de Borgoña en la Carta, que dexo traducida del Latin à nuestro Vulgar Lib. 1. Cap. 46. Y no aviendo tenido ocasion de disminuir, sino de acrecentar sus Tropas con nuevas reclutas, no parece verosimil, que fuesse en persona à la Campaña con menor Exercito para mayor empreña: especialmente quando estos Barbaros (segun que aun lo vemos oy) ponen en la multitud de los Soldados toda la confianza de los sucesos. Lo cierto es, que en este punto varian notablemente los Historiadores; porque nunca se supo con certeza el numero del Exercito enemigo: y aunque la mas comun opinion, es, que constaba de docientos mil Turcos; todavia vnos suben, y otros baxan este numero, segun el peso, que hazen en sus juicios las conjeturas. Taglacocio afirma, que los docientos mil Turcos eran los escogidos, y mas valerosos; y que nunca (à dicho de los mismos Turcos) avian ellos acometido à otra Plaza con mayor potencia. En fin, el que menos Soldados dà à las Tropas enemigas las dexa en cien mil. Pero este Cuerpo me parece no estan irregular, que dà fundamento à las exageraciones de: *Exercito de infinitos Combatientes*, como le llamó Matheo Palmerino; y de: *Innumerable multitud*, como le pintaron Calixto Tercero, y S. Antonino de Florencia. Por todas estas razones tengo por más probable

Vease el Cap. 14. de este Libro al fin.

entre esta variedad de sentencias la de Juan Thuroso, que (como dize arriba) contò hasta quatrocientos mil Turcos en las Tropas de Mahomet.

Abultabase otro tanto este descomunal Gruesso con la Gente de Comboy, que traia consigo para la conduccion de petrechos, viveres, y municiones; que todo correspondia à la exorbitancia del Exercito, y tenia alguna porporcion con el monstruoso pensamiento del Barbaro en el total exterminio de la Christianidad. El tren de la Artilleria se componia de trecientos Tiros, sin los Morteros: maquinas, que, por lo recientes en aquel siglo, añadian con la novedad, no se que fuerças para el terror, y asombro de los sitiados. Los Carros, Camellos, y otros Bagages, cargados de Mosquetes, Flechas, Alfanges, y otras armas blancas, no tenian numero: y todo junto mirado sin levantar los ojos al Cielo, amenazaba vn estrago incapaz de resistencia.

No era menos formidable la Armada, à que hazian lugar las estendidas, y profundas Playas del Danubio; Rio con presumpciones de Mar: puesto que en setecientas leguas de País, que corre desde la Suavia, hasta el Mar Negro en la Besseravia, le reconocen superior otros sesenta Rios, pagandole por tributo todo el caudal de sus aguas. A estas echò Mahomet trecientas Embarcaciones de transporte, que combeyaban sesenta y quatro Galeras guarnecidas de Turcos, y Artilleria, à la proporción de los Buques. En todas las Embarcaciones, y Baxeles, así mayores, como menores, las Vanderas, Flammulas, y Gallardetes sueltos al viento, y pintados de varios colores, segun la division de los Tercios, y Capitanias, amontonaban sobre el Danubio vn basto, y portatil promontorio, en que

se desmentia lo terrible con lo agradable: y con la hermosa perspectiva, que hazia à los ojos, doraba el pavor, que infundia en los corazones.

Entre las sesenta y quatro Galeras se señalaba prodigiosamente la Capirana, por la mayor grandeza de su Vaso; por la calidad, y numero de su gente; por lo grueso de su armamento, y por la belleza de sus Vanderas, que en campo verde, y en semicírculo de plata, tremolaban por Divisa la Media Luna. Todos los Historiadores, de esta Guerra, que yo he leído: al hazer la descripción del Exercito, y Armada Turca, dexan suelta vn poco la rienda à la pluma para la lozanía del estilo: y aun el Autor, que citè en el principio de este Libro 2. Cap. 1. y à quien sigo por la protesta, que haze de dezir la verdad sencilla, descuidado del asseo de las palabras: quando llegó à pintar el Campamento del Exercito Barbaro, parece que se olvidò de sí, y dixo ser el ambito, y numero de las Tiendas; tan entendido, que no parecía, sino que todas las nubes del Cielo se avian baxado al suelo, para poblar de pavellones à la Campaña. Así hablan; y no se si diga, que deben hablar así, los que tratan esta materia: ò porque por su misma calidad pide la bizarria de las frases, y el resplandor de las voces, ò porque no quisieron dexar de imitar con esta practica à los mas antiguos, y selectos, que dieron con su exemplo leyes à la

Historia.



CAPITULO V.

EMPIEZA MAHOMET A BATIR la Belgrado, cuya Fortaleza, y situacion se describe: Sale San Juan de Capistrano por el Danuvio à introducir socorro: Y persuade al General Huniades, que buelva à tomar el Bafon.

SI no fuera orgullo de la arrogancia, pudiera parecer en Mahomet sagacidad de su militar prudencia aquel activo conato, con que dió calor à la formacion del sitio, para lograr la ocasion de añadir à sus Armas todas las ventajas, que lo indefenso de la Plaza le permitia por falta de Artilleria, y otras municiones. Con esto pudo (como lo hizo sin oposicion) empezar à batir las Fortificaciones exteriores de la Ciudadela casi desde el mismo dia, en que fixó su Campo. Dió principio à la empresa por lo mas dificultoso, para que no faltasse à su sobervia el primor de comenzar por lo difícil: precipitacion, que pudiera detenerse en tantos escarmientos, como ha experimentado ruinas, si no fuera verdad, que la ferocidad de vn Bruto desbocado primero reconoce el precipicio con el estrago, que con los ojos. Pero antes de proseguir en los sucesos del cerco, es inexcusable (para dexar el passo llano à la inteligencia, y comprehension de la narrativa) hazer vna descripcion de Belgrado, segun que las Historias de aquellos tiempos, y las Tablas Geographicas de la Hungria nos la delinean; y es en este modo. Sobre vn angulo dilatadísimo, que forma el caudaloso Savo en aquella espaciosa Campaña, que riega, hasta desaguarse en el Danuvio; se levanta vna encumbrada Montaña de piedra viva, capaz bastantemente en

su eminencia à dar ámbito, y suelo à tres Castillos, que la coronan de fortissima Arquitectura, ciñendo con sus Muros, y Fortines todo aquel pedazo de Poblacion, que llaman la Ciudadela. El orden, y disposicion de los Castillos, para detener à los enemigos, y rebatir sus asaltos, parece exceder à quanto cabe en las maquinas de la idea humana. Suben altísimos sobre la eminencia de la misma Montaña; cuyo plano espaciosamente leadeado dà lugar, à que los Muros de todos se vayan sucesivamente encadenando en forma de gradas, ò escalones, superiores los vnos à los otros: de modo, que del primero se haze transito, y ascenso al segundo; y de este, al tercero: pero por entradas precisas, y muy dificultosas. La del primero al segundo, es vn Puente levadizo, en que se vnen los extremos de vn Fosso, que à pesar de la dureza de los peñascos profundaron la porfiada fatiga de picos, y almadenas. En el ambito de este primer Castillo se contienen grandes Casas, y sumptuosos Palacios de muchos Principes, cuyos Edificios contribuyen igualmente à la hermosura, y à la fortaleza. El segundo Castillo, guarnecido de muchas Torres, y profundo Fosso, con menor circunferencia tiene mayor altura; como dispuesto mas à la defensa, que à la habitacion de los Naturales: y no se comunica con el tercero, sino por vn estrecho, y rebuelto postigo, que haze la entrada tan formidable, como difícil. El tercero, y ultimo, que sirve como de Capitel (si ya no es con mas propiedad Morrion) à este armado promontorio, parece del todo superior à las fuerzas humanas: y para significar que lo es, le pusieron por nombre, con vn hyperbole muy cerca de la verdad, la Torre de *noli timere*: esto es, Torre, en que no ay que temer.

To-

Toda esta levantada maquina guarnece en semi-circulo à la Ciudad, de suerte, que la haze sombra, y defensa por aquella parte, que la va mirando el Sol desde el Oriente al Medio Dia. Cierran perfectamente el circulo los dos caudalosos Rios, Savo, y Danuvio; este, por la banda del Septentrion; aquel, por la del Occidente: y ambos con el abrazo, que se dan en su comunicacion, conspiran à guarnecer con sus cristales la falda de la Ciudad, formandose de vno, y otro el primero, y mas profundo Fosso, que desvia, y aun haze imposibles por tierra las ouuestas invasiones. Sobre las Riberas interiores, y casi à los margenes de ambos Rios corre en linea de circunvalacion vn grueso, y descollado Muro; que como en el tiempo de la paz es mirador de las Playas para la recreacion de los Ciudadanos; así en las ocasiones de la guerra es segunda desesperacion à los asaltos de los enemigos. Dase las manos este Muro por la vista del Medio Dia con el Castillo superior de la Ciudadela; y por la parte del Septentrion con el Danuvio: de modo, que aun apoderados los sitiadores de todos tres Castillos, pueden los sitiados burlar el peligro, haziendose al agua por el postigo del Rio. Esta es la situacion, y fortaleza de Belgrado, en que igualmente se compitieron la Naturaleza, y el Arte: oy Presidio de la Christianidad por la feliz Victoria de las Armas Catholicas del Imperio en el año pasado de mil setecientos y diez y siete, despues de vna larga posesion de los Turcos.

A esta Plaza, pues, fuè à la que el Barbaño Mahomet puso cerco, sin tener entonces ella para su defensa mas armas, que à si misma; esperando al enemigo (como dizen) à cuerpo descubierta, y haziendole frente solo con la fortaleza de su situacion. Conside-

rando, empero, Capistrano, que fortificaciones de Muros, y Castillos, sin viveres, ni municiones, eran cuerpo sin alma; y que aunque pudieran retardar algunos dias el asalto, no eran capaces de impedir el asedio: resolvió lograr la ocasion de salir por el Danuvio (cuyo passo aun no avia ocupado la Armada Turca) y en el interin que se resistian los Muros à las Baterias, introducir por el mismo Rio socorro. Con este dictamen el dia quatro de Julio, celebrada Missa, y encomendado à Dios el sucesso, convocó en presencia del Governador de la Plaza à todos los Ciudadanos, y à los Cruzados, que avia traido consigo: y despues de averles dado quenta de su resolucion; los alentó à la constancia; hablándoles en esta forma: „Nobles Ciudadanos, y valerosos „Soldados, en quienes los dos gloriosos renombres de Hungaros, y „Catholicos, han sido igualmente „formidables à estos blasfemos enemigos del nombre Christiano: no „porque agora os veis tan desiguales „en fuerzas, deis lugar al temor en „vuestros coraçones; antes resistid, „y hazedles cara con osadiaz; porque „os empeño mi palabra, que dentro „de poco tiempo, si Dios me favorece, he de volver à vosotros con „tanto numero de Soldados, que sin „vista ha de causar terror aun à las „Tropas enemigas, siendo ellas tan „ventajosas. Y vosotros (prosiguió „convirtiendose à los Religiosos sus „Compañeros) vosotros, à quienes „por Ministros del Evangelio habla „mas de cerca la obligacion de dar la „vida por Christo; disponeos por „medio de obras, y exercicios „de misericordia, à alcanzar de Dios „esta dicha: Sean vuestros empleos „en este tiempo de mi ausencia; que „serà breve, administrar Sacramentos; pacificar discordias; curar en-

„ser-

fermos, y heridos; y predicar continuamente à todos con eficaz persuasiva, la constancia, y fortaleza para sacrificar la vida en defensa de la Fè, si fuesse necessario. Pero los Sacerdotes guardaos no os suceda, que mal aconsejados de vuestro zelo tomeis armas, ò las administréis à los Soldados, para que con ellas maten, ò hieran à los Turcos; porque las armas de vuestra Milicia contra los enemigos de la Cruz de Christo, han de ser estas solamente; Oraciones, Sacrificios, obras de misericordia, y administracion de Sacramentos. Esto dixo, y esto aconsejaba vn San Juan de Capistrano, Zelador acerrimo de la Fè, Doctor graduado en el Derecho Civil, y Canonico, de los mas Doctos, que conoció su siglo; y en la ocasion, que acometidos los Catholicos de quatrocientos mil Barbaros, solicitaba con ardor invencible la justa, y natural defensa de la libertad, de la vida, de la Patria, y de la Religion. Cosa por cierto digna de notarse con reflexion juyciosa, por mas que lo censurè de escrupulosa nimiedad alguna politica sofisteria: y bien quisiera yo se entendiese en materia de tanta importancia el sentir del Santo, y la razon de su sentimiento. *Qui habet aures audiendi, audiat.*

Concluyó Capistrano su exhortacion, y con quatro de sus Religiosos (no sin grave dolor de los que dexaba en la Ciudad expuestos al peligro) se bolvió al Gran-Varadin, corriendo segunda vez la Playa del Danuvio. Allí su primera diligencia fuè dár aviso de sus intentos por medio de vna Posta al General Huniades, que yá consternado con el poder de los enemigos, y desesperado de la defensa, estaba retirado con su familia. Escribióle el Siervo de Dios, siendo el asumpto de la Carta, alentarle en su

caimiento, y pedirle viniesse à mandar las Tropas de Cruzados, que esperaba poner en Campaña con mucha brevedad, introduciendo con ellas socorro en Belgrado: y no solo romper el cerco, sino derrotar enteramente à los enemigos, de cuya Victoria le aseguraba de parte de Dios.

Tenia el General altamente comprehendida la persuasiva, y natural energia del Santo en persuadir sus proposiciones: y juzgando aora no tener las palabras, con que le aseguraba la felicidad de la faccion mas apoyada, que el ardor del zelo, que se las dictaba; se escusò vrbanamente con vrgentissimas razones, reduciendo à esta substancia la escusa: Que la muchos años avia manejado las cosas de la guerra, le enseñaba à creer, aora por imposible se juntassen en las angustias de tan breve tiempo, como permitia el estrecho, y formidable cerco del Turco, Tropas, víveres, ni municiones poderosas à disputar el passo del Rio, para romper la Armada, è introducir socorro. Que quando concurrissen à tomar las armas todas las Milicias de Cruzados, alistadas por la Hungria, y sus confines: sería imprudencia, ò temeridad incapaz de culpa, poner la opinion, que le avia hecho famoso en el Orbe à costa de mucha sangre, en las manos de vnos hombres defarmados, y casi todos visôños; sin mas noticia de la Campaña, que aquella, que les avia entrado por el oido: Payfanos, en fin, Plebeyos, Rusticos, Oficiales Mercenarios; Clerigos, Frayles, y Monjes. Que no serviria de otra cosa esta multitud confusa, sin armas, sin experiencia, y sin disciplina, que de dár mas sonido al triunfo del enemigo, y de engrossar mas la víctima

„ al

„ al cebo de la barbaridad. Qué por otra parte sus Emulos le tenían malquistado con su Principe, influyendo en sus oidos vagos rumores à su fidelidad, y à su fè nada favorables: y que si aora hazia empeño suyo el mando de vn Exército indefenso, tomarian cuerpo de verdad las voces de la malicia; y cerraria la plaza de sus años, manchando vna, y otra opinion; que estimaba en mas que la vida; la de fiel Vassallo à su Rey, y la de Siervo Fiel, à su Dios.

Aunque no dexaba lugar à la instancia la fuerza de estas razones, atendidas precisamente segun aquellas comunes reglas, con que suele difundir la humana politica: todavia como el Santo deducia sus conclusiones de mas altos principios, y de Maximas superiores à toda la ordinaria prudencia, bolvió à replicar à Huniades, consiguiendo con la replica el traerle à su intento, y à su razon; que propuso debaxo de estas, ò semejantes palabras: Magnifico Señor, y Capitan invencible; cuyas hazañas en obsequio de la Patria, y de la Religion Christiana, seràn por todos los siglos grande asumpto de la fama, y digno exemplo à las obligaciones de vn Principe Catholico: agravio os hiziera sin duda, si creyera, que la fuerza de vuestra razon avia de ser mayor, que la de vuestro pecho, abandonando vna empresa, à que os llaman, mas que mi voz, los gemidos de la Iglesia, y los gritos de vuestra Patria. Qué importa, Señor, que sean de los Barbaros las armas, y la Gente; si es de Dios la causa, y estàn à nuestro favor la innocencia, y la justicia? Y quando no os asirmeis sobre mi palabra, con que os aseguro de la Victoria: qué vais à perder en bufcar con la espada en la mano qual

Parte V.

„ quiera de las dos fortunãs, de vencido, ò vencedor? En vna, y en otra no pueden menos de quedar mas limpios los candores de vuestra opinion, y las purezas de vuestra Fè, en la de vencido; porque escrivireis con la sangre de las venas el testimonio de vuestra innocencia, y la acusacion de la agena malicia; en la de vencedor; porque lavaréis en la sangre de los Barbaros los filos de vuestra espada, y sacareis de ella las manchas; con que ha intentado oscurecerla la emulacion. No pudo resistir Huniades la destreza; con que supò el Santo herirle por los mismos filos de la escusa, sin desayrar sus razones: y así la respuesta fuè ponerse en marcha con sus Guardas; para coope- rar à los intentos de Capistrano contra la heroica resolucion de morir, ò vencer. Llegò al Gran-Varadin, donde el Siervo de Dios le aguardaba; y sin dár lugar al descanso, empezaron ambos; mas à resolver, que à conferir; porque como experimentados en las fatales consecuencias de las dilaciones, no quisieron creciesse à inevitable el peligro, mientras se detenia el remedio en la conferencia.



CAPITULO VI.

YVNTA EL SANTO TROPAS, Y Embarcaciones; y acomete al Turco en el Danubio con singular fervor, y feliz efecto.

Los dos grandes Caudillos del Señor de los Exercitos (que hablo ya de Huniades, y Capistrano, como pudiera de Moyses, y Aaron) convenidos en la heroica empresa de introducir focorro en Belgrado, despacharon Correos al Legado Pontificio (que à la fazon se hallaba en Buda) y à todos los Obispos confiantes, para que cada vno en su Obispado respectivamente juntasse con la brevedad posible todas las Milicias de Cruzados, alistadas, y las hiziesen marchar à la Villa de Salamkemen, lugar destinado al arreglamiento de las Tropas. Dieron tambien orden à los Pueblos, y Payfanos de las Riberas, echassen al Danubio todos los Barcos, y Navichuelos, que servian al transporte, ò à la pesca; para que lo mas presto, y lo menos mal, que pedian las vrgencias, y la necesidad, se dispusiesen al choque, juntandose en la Playa, que hazia frente à la referida Villa. Executose puntualmente el orden en termino de pocos dias, y con los Barcos, y algunos Bergantines de tenue calidad, se agregaron hasta docientos Vasos: sobrado numero para hazer cuerpo de Armada, si tuviera las armas, que son alma de este cuerpo. Verdad es, que en la ocasion se reconociò animado; ò porque el espíritu de los labios del Señor alentò las Naves, para dár muerte à los impios, embolviendolos en lo profundo; ò porque los Cruzados suplieron el fuego, que les faltaba en las armas, con el zelo, y ardor, que les sobrava en los coraçones.

No es hyperbole, sino verdad; porque las principales armas, con que se hizo la guerra, y se defendió la Plaza, fueron; para de lexos, hondas, y ballestas; y para de cerca, langas, y espadas: que medido todo con las invenciones, y maquinias de fuego de nuestro tiempo; y de que ya en aquel vsaron los Turcos, suponian por nada; y perdian aquella fuerza, que tuvieron para ofender, y defender en todos los passados siglos. De Buda se conduxeron algunos tiros pedreros, y pocos mosquetes, que aora nuestra Lengua llamaria fusiles. Vnos, y otros reservò Huniades para el armamento, y guarnicion de vna sola Galera, que avia en nuestro partido; y que en Armada de solo nombre mereciò con justo derecho el titulo de Capitana. Puso en ella todos los Soldados Veteranos de nuestro Campo (que no fueron muchos) y la pertrechò con armas, y municiones tan à satisfaccion suya, que la juzgò bastante à romper la Armada enemiga: con fiança, ò presumpcion del valor, digna de disculpa en vn Capitan, que rara vez facò la espada sin la Victoria.

Pero Dios Nuestro Señor, pretendiendo para su Nombre toda la gloria de la faccion, no quiso se la pudiese en disputa el poder, ni la industria de los hombres; y así dispuso con alta providencia, que la Galera referida, en que estava fixa la esperança del General, se abrasasse casi toda, antes de romper la Batalla. La ocasion de esta, al parecer desgracia, fuè el descuydo de vn Soldado, que arrojando incautamente algo de lumbrè à los barriles de polvora prevenidos, los encendiò de fuerte, que con la llama, que levantaron, se abrasò casi toda la Xarcia, y gran parte de las velas. Caian ardiendo los fragmentos de estas en lo

in-

interior del Vaso: y como hallaban fomento en la breca, crecieron las llamas, hasta desesperar del remedio à las cercanas Embarcaciones; que ni con todas las aguas del Danubio, por mas que lo intentaron, pudieron apagar el incendio. Quedò en fin tan destrozada la Galera, que no pudo servir para la funcion: siendo amontonados prodigios de la Divina Diestra escapar toda la gente con vida entre dos iguales peligros de fuego, y agua.

He referido con algo de anticipacion este suceso; lo vno, para dexar mas corriente la narrativa de lo principal; y lo otro, para que se vaya haziendo concepto desde luego de aquella especial providencia, con que Dios N. S. intentaba, resplandeciesen en todo el progreso de esta guerra las eficacias de su poder, y los meritos de su Siervo; cuyos humildes, y fervorosos ruegos le obligaban à que hiziesse memoria de sus maravillas, facendo del Tesoro de su Bondad misericordias antiguas, y nuevas.

En el interin, que se aprèstaban las Embarcaciones referidas, iban llegando los Tercios, y Regimientos de Cruzados, trayendo todos por divisa en sus Estandartes, y Vandersas; de vna parte, la señal roxa de la Santa Cruz; y de la otra, alguna de las Imagenes de N. S. P. S. Francisco, San Antonio, San Luis, San Bernardino, ò de otros Santos, segun la devocion de los Cabos, y Capitanes: de forma, que mas parecian las Tropas Cofradias en Proçesion de Iglesia, que Escuadrones en marcha de Campaña. Con los Soldados venian tambien los viveres, y Comboyes, que conduxo con abundancia el Legado Cardenal: à cuya activa, y zelosa sollicitud se debiò mucho de la felicidad de esta guerra, en aquella parte, en que Dios N. S.

Parte V.

la dexò pendiente de los medios, y providencias humanas. Juntaronse finalmente en el termino de diez dias todas las Tropas Hungaras, las quales incorporadas con las Polacas, y Alemanas, que ya avian llegado, pasaron muestra en presencia de Huniades, y Capistrano: y se hallò junto vn competente Grueso de sesenta mil hombres; en quienes el valor, que les diò el zelo de la Santa Fè; compensò bastantemente el número descomunal; en que los Barbaros excedian.

No es facil explicar el jubilo del Siervo de Dios, luego que viò junta, y ordenada la Gente; prevenidos los Comboyes de municiones, y bastimentos, y puestas à la vela todas las Embarcaciones. En cnyra consideracion fuè de parecer, con acuerdo del General, no se dilatasse mas tiempo à los sitiados el focorro. Con esto se determinò la marcha, y la derrota por tierra, y agua; el día caorze de Julio al amanecer. Para darle fausto principio, alentò el Santo à los Cruzados con vna breve, pero efficacissima platica; que reducida à los terminos de razonamiento Militar; dezia

„ en substancia así: Amados hijos
„ mios, y fervorosos Cruzados, redi-
„ midos con el precio inestimable de
„ la Sangre de nuestro Salvador Jesus;
„ pelad bien en vuestros juycios lo
„ gravissimo de la empresa, que re-
„ neis entre las manos. Patria, mu-
„ geres; hijos, haciendas, honras, vi-
„ das, libertad; todo esto es lo me-
„ nos, que oy està pendiente de vuest-
„ ra espada: lo mas (ponderado dig-
„ namente!) lo mas, es, la causa de
„ Dios. Si sois Fieles; si sois Catholi-
„ cos; si sois Christianos; si nobles;
„ si piadosos, si compasivos: mirad,
„ que el honor del Nombre de Dios
„ se acoge al sagrado de vuestro ze-
„ lo: que la Iglesia; toda afligida, se

N2

„ am;

ampara de vuestro valor: que la
 ,, Sangre innocente de Jesu Christo,
 ,, representada en esta Cruz roxa,
 ,, que enciende noblemente vuestros
 ,, pechos, grita à vuestros oídos,
 ,, pidiendoos vengança contra
 ,, los Barbaros, que la conculcan.
 ,, Como es posible, que no os en-
 ,, treís por los filos de la misma
 ,, muerte, quando os ponen las ar-
 ,, mas en las manos tan superiores
 ,, empeños? De parte de Dios, yo
 ,, os aseguro de la Victoria; pero
 ,, quien para conseguirla, perdiere
 ,, por Christo la vida; que pierde? Y
 ,, que no gana, quien la encuentra
 ,, mejorada en la Eternidad de la glo-
 ,, ria con la palma, y corona del mar-
 ,, tyrio! Esta, y plenissima remission
 ,, de las penas, debidas por vuestras
 ,, culpas, os concede para esta hora
 ,, el Summo Vicario de Christo en la
 ,, tierra. Con tan nobles vltimas, hi-
 ,, jos, el perder es ganar; el morir,
 ,, vencer: Viva Jesus: viva, viva. Di-
 ,, xo el Santo; y se percibieron dificul-
 ,, tosamente las vltimas voces; porque
 ,, los Soldados al oír: *Viva Jesus*, le ar-
 ,, rebataron la palabra, y la repetian
 ,, todos à voz en grito con tales de-
 ,, monstraciones de alegría, que pare-
 ,, ció estar ya repartiendo los despojos
 ,, de la Victoria. Arrojabán en alto los
 ,, sombreros, y se abrazaban recípro-
 ,, camente, victoreando todos al Dul-
 ,, cissimo Nombre de Jesus. Duraron
 ,, tanto estos victores, y alborozos,
 ,, que casi se desordenaron: con que
 ,, fué preciso, que el imperio del Ge-
 ,, neral, y la autoridad del Siervo de
 ,, Dios, les intimassen silencio para re-
 ,, cobrar el orden.

Con el se dividió el Exercito en
 dos Cuerpos: el vno se dió à las Em-
 barcaciones, que componian la Ar-
 mada; el otro con los Regimientos
 de Cavalleria (que fueron pocos) pas-
 só à la opuesta banda del Danubio;

marchando la Infanteria al abrigo de
 los Cavallos, sin perder la margen
 del Rio; con el designio de socorrer
 la Armada, en caso que lo pidiese la
 necesidad; ó de oponerse à las hos-
 tilidades de los enemigos, con la gen-
 te, que de sus Cáteras echaban à
 tierra. Los Baxeles, en cuya frente
 iba el Santo, seguían el rumbo de
 Belgrado, con resolucion de rom-
 per à todo trance la Armada Turca,
 para introducir el socorro. Avia
 ya esta tomado el passo de Semley,
 distante vna milla sobre la Plaza, y
 dominaba al Danubio de tal mane-
 ra, que con lo estendido de su Flora
 vnia ambas margenes: con que era
 imposible el transito de los nue-
 tros, sin que le disputassen las armas.
 Bien creyeron los Barbaros, no avia
 de ser tal la osadía de los Christianos,
 que les empeñasse en vn arro-
 jo, al parecer, mas que temerario:
 pero desengañaronse, quando vie-
 ron que los Baxeles se les acercaban,
 buscandolos à todo remo. Causoles
 este desfigurado rompimiento vn
 genero de admiracion, equivocada
 con el sobrefalto: mas luego que se
 acordaron de su poder, y reconocie-
 ron mas de cerca la calidad, y arma-
 mento de nuestros Vasos, prorrumpie-
 ron en risa, que creció à desmedida
 irrision, con que celebraban de
 antemano la fortuna de vna Victo-
 ria, que se les venía à entrar por las
 puerturas.

En esto ya los Cruzados se avian
 abanzado con los Baxeles; de mo-
 do, que para llegar à las manos, so-
 lo aguardaban la señal de embes-
 tir. Era esta la invocacion del Dul-
 cissimo Nombre de Jesus: y para dar-
 la el Santo (segun el orden, è in-
 frucción, que tenia del General) y
 para estar à la vista de todos; saltó à
 tierra, donde à la margen del Rio to-
 mó lugar eminente con vn devoto

Cru-

CAPITULO VII.

HAZE EL SANTO FERFOROSA
 Oracion à Dios por el buen exito de la Ba-
 talla; y concluyese esta con milagrosa,
 y entera Rota de la Armada enemiga,
 basta introducir el
 socorro.

EL Santo, y Zeloso Caudillo del
 Señor, luego que vió à sus Sol-
 dados empeñados en la Batalla, se hin-
 có de rodillas, y levantando, como
 otro Moyses, las manos, los ojos, y
 el coraçon al Cielo, repetia con in-
 decible fervor de espíritu aquella
 Oracion del Rey Asá en ocasion seme-
 jante: O Dios, y Señor, à cuyo infinito
 poder es tan facil vencer muchos; como
 pocos: ayudanos en esta empresa; pues en
 ti solo, y en la virtud de tu Santo Nom-
 bre se fixa nuestra esperanza. Miranos,
 Señor, empeñados en el exterminio de esta
 multitud de enemigos tuyos: Tu eres nues-
 tro Dios, y nuestro Dueño: no permitas,
 pues, que prevalezcan los hombres contra
 ti. Oraba el Santo, peleaba el Exer-
 cito: y el feliz progreso de la Batalla
 iba descubriendo la eficacia de la
 Oracion.

La barbara ferocidad, con que
 los Turcos se estrechaban con los
 nuestros en el conflicto, le bazia de
 su parte mas sangriento; porque cie-
 gos dos vezes, vna con los humos de
 su corage, y otra con los de sus pro-
 pias armas, se abanzaban à nuestros
 Baxeles. Con este arrojó los Cruzados
 los recibian en las puntas de las
 picas, y de las espadas de modo, que
 necesitaban pocas vezes nuevo gol-
 pe, para quitarles la vida. Con los
 harpagones (arma larga mas que el
 chuzo, y con dos puntas curvas de
 azeró en forma de garfios) sacaban à
 muchos Barbaros de las Cáteras, y
 los arrojaban al Rio; entre cuyas
 aguas

Crucifixo en la mano derecha, y vna
 Vándera con el Escudo del Dulcissi-
 mo Nombre de Jesus en la siniestra.
 En esta forma, y pendientes de su
 boca los Soldados, que con las armas
 en las manos le atendian sin pesta-
 ñear; dixo en altissima voz: *Est, hijos,*
hegò la ocasion de vencer: el dia es nues-
tro: la causa, de Jesus: Y no pudo pro-
seguir, porque apenas articulò Jesus,
 quando los Cruzados, arrebatados
 de extraordinario impulso, rompie-
 ron el silencio, y la Playa, repitiendo
 en alentadas voces: *Jesus, y à ellos:*
Jesus, y à ellos: y con indecible denu-
 do acometieron à los enemigos. Res-
 pondieron estos, y recibieron à los
 nuestros con la carga cerrada de toda
 su Artilleria; cuyo estruendo, redob-
 lado en los ecos, que bolvia en las
 aguas el viento, era bastante, para
 aterrar aun à los animos mas valero-
 sos. Pero los nuestros, que guarneci-
 dos, y rodeados del escudo de la ver-
 dad, y proteccion Divina, de nada
 estaban mas lexos, que del temor,
 despreciaron la primera carga del
 enemigo; y fueron rompiendo, y
 abanzando por medio de ella, dispa-
 rando sus hondas, mosquetes, y ba-
 llestas, hasta llegar al abordo. Pudie-
 ron lograrlo así sin pérdida confide-
 rables porque el Dios de Israel, que
 peleaba con los suyos, y por los su-
 yos, mandó al fuego en esta ocasion,
 se quedasse en el trueno, sin pas-
 sar à ser peligro.

o)(o)



Parte V.

N 3

aguas sufocados acababan de perder aquel poco de vida, que les dexaban las heridas de muerte. Tiñóse en sangre la Playa con los muchos cadáveres; que sepultaba su profundidad: y acabóse de retratar al vivo por este medio el Mar Bermexo en el Danuvio.

Con el ardor, y felicidad, que voy refiriendo, procedia de nuestra parte la Batalla; sin dexar Capistrano la Oracion, ni los Cruzados la repetición del Dulcísimo Nombre de JESVS, cebado ya en los perros, como generosos Leones: quando el Governador de la Plaza, Miguel de Zilago, salió con la Guarnición, y muchos Ciudadanos en quarenta Fragatillas de no despreciable calidad, que estaban aprestadas en el Muelle. Con estas entraron de refresco por la Retaguardia del enemigo, en que fué grande la mortandad, y destrozo, porque herían con advertencia, y mataban con oposición. Viendose los Turcos acometidos por la frente, y las espaldas, desmayaron las armas, y el coraçon; no pensando ya en la Victoria, sino en la fuga. No encontraban con esta; porque con el valor avian perdido tambien el tino: y solo sus Baxeles se encontraban vnos con otros, quedando bien quebrantados, y mas perdidos en los encuentros. En fin, despues de vn porñado combate de cinco horas, bolvieron las proas, y se pusieron en afrentosa huida. Los Christianos siguieron el alcance, en que echaron à pique tres de sus Galeras, aprefaron quatro, y las demás escaparon tan estropeadas, que el mismo Mahomet, quando las registrò; mandò, las pegassen fuego: con que vino à quedar por nuestra Victoria, y el Danuvio. Su profundidad estorvò siempre el saber con certeza el numero de los muertos en la Batalla: pero se tuvo noticia fixa de que todos

los que bolvieron con vida, iban heridos de muerte.

Esta entera Rota de los enemigos con poca, ò ninguna perdida de nuestra Gente; lo tenue de nuestras Embarcaciones; lo debil de nuestras armas; lo inexperto de los Soldados; la quema de la Capitana; la ferrosidad, y prolongada Oracion de Capistrano; la incessante repetición del Dulcísimo Nombre de JESVS, y otras muchas circunstancias amontonadas; persuadieron con evidencia, que la invencible mano de Dios avia estado con los suyos en este conflicto, y que con el espíritu de su coraçon, y la fuerza que hizo en su brazo, desparamò; y confundió à los sobervios; para que no prevaleciesen contra sus escogidos. Pero lo que especialmente hizo casi palpable, y visible à esta misma mano del Señor, fué el prodigio, que ya refiero, y que precedió à la Batalla como fausto principio, y feliz presagio de la Victoria.

Luego que los Turcos con sus Galeras se vieron señores del Danuvio, y passaron à tomar el puesto de Semley, para cortar la comunicacion de los Hungaros con la Plaza; intentaron llevarse de passò las quarenta Fragatillas, que tenía la Ciudad recogidas en el Muelle, y salieron despues à la conclusion de la Batalla. Adelantose, para esta facción su Capitanaz aquella Galera tan sobervia, como hermosa, de que hizimos descripción en el Capitulo 4. y que aora llevaba hinchados sus linos, no se si mas con la vanidad pomposa de su presumpcion, que con el viento que la movia. Los Turcos, y Capitanes de ella, puefros à proporcionada distancia de los Muros, empezaron à disparar antes las lenguas que las armas, fulminando horrendas blasfemias contra el Nombre de N.S. Jesu Christo. Quando mas embobidos estaban en su jactanciosa,

y descarada arrogancia, les cortò la voz, y la lengua vna bomba encendida, que vino por los ayres dirigida de la Soberana mano, y disparada por vno de sus mismos Artilleros. Arrojàla este à la Ciudadela; pero diòla el poder de Dios tal impulso, para vengar sus improperios, que traspassando por el viento toda la Ciudad, y Murallas, cayò perpendicularmente dentro de la sobervia Nave, que estaba blasfemando del poder de nuestro Dios. Fué tanto, y tan executivo el estrago, que hizo en la Galera; que destrabò las junturas, y la dividió en muchos fragmentos. Los mas de ellos, con la mayor parte de los blasfemos, se fueron à fondo instantaneamente; donde en lo profundo murieron sufocados. Los fragmentos algo mayores nadaban sobre las aguas, y en ellos estaba reservada la mejor porcion de los despojos con algunos Barbaros. Las demás Galeras, asombradas, y temerosas con el destrozo, y naufragio de la Capitana, se retiraron lexos; y cobraron tanto terror, que no se atrevieron mas à acercarse al Muelle. Observaba desde el Muro nuestra Gente, suspenfa en vn palmo gozoso, todo lo que passaba en el Rio: y viendo que la retirada, ò fuga de las Galeras enemigas, avia dexado desembarazada la Playa, salieron à ella con algunos Batelillos, y Chalupas, y aprefaron sin dificultad los fragmentos de la Capitana, que aun boyaban sobre la superficie. Arrojaron al profundo à los pocos Turcos, que avian quedado vivos, para que acabassen de passar con el agua la muerte, que ya tenían casi tragada en el susto: y ricos los Christianos con los despojos, se entraron en la Ciudad. Este gran caso, en que se arropellan portentos, y prodigios, celebrò el Siervo de Dios junto con el principal de la Victoria luego que entrò con el focorro en Bel-

grado: donde anduvieron tan libres, y absolutos los alborozos, como fito: davia no se quedassen pendientes los sustos.

CAPITULO VIII.

BATE MAHOMET A BELGRADO:

del heroyco valor, y espenda actividad, con que el Santo le rebatia.

HAsta el caso de la Batalla Naval, que acabo de referir, no se persuadiò la arrogancia de Mahomet huviessse valor en los Christianos, para medir con el las armas: y por esta causa, desde que puso cerco à Belgrado, no diò mucho calor à las Baterias. Viendo à los nuestros sin Exercito, cortados los focorros, y tomado con su Armada el passo del Danuvio, juzgaba rendir por asedio à la Ciudad; y ablandando vn poco la barbaridad de su fiera con la aprehension de su interés, no queria destruir vna Plaza, que ya miraba como suya. Con este designio mandò à los Ingenieros midiesen las Baterias de modo, que mas sirviessse el fuego de ellas al terror de los sitiados, que à la ruina de los Muros. Perseveraba en este dictamen: pero luego que con la entera Rota de su Armada tocò por sus mismos ojos alguna parte del engaño, con que le alucinaba la sobervia, diò todo el corriente al impetu de sus represadas furias, y hizo empeño de continuar la guerra con el formidable estruendo, y asonido de vengança. Desde este punto, dominado nuevamente de todo el corage de sus iras, mandò que las Baterias empezassen à llover fuego sobre la Plaza, sin cessar vn solo instante, ni de dia, ni de noche, hasta que Muros, Torres, Baluartes, y Edificios diessen en tierra, reducidos à ceniza. A este fin

fin reforzó con nuevas Reclutas el Ejército, fortificó los Ataques, multiplicó las Municiones, desbolvió los peñascos, profundó las Minas, taló, y trasegó los Montes, para allanar con las Faginas à la ocasión del asalto el passo de los Fosfos. Sobre esto, para hazerle aun mas formidable à los ojos de nuestra Gente, dispuso ardiessen en todas las Tiendas de su basto Campamento todas las noches crecidas hogueras, que con las lenguas de sus llamas intimassen la muerte, y el sepulchro à todos, los que no le reconociesen por Dueño, rindiendo las armas, y renegando del Christianismo. Dexèmos así al Barbaro bramando de corage, y respirando muertes, y furias contra los Christianos, y bolvamos à ver como le hazia frente, y rebatía sus braburas el Santo, y valeroso Antagonista.

Despues de celebrar en Belgrado el solemne hazimiento de gracias por el beneficio de la passada Victoria, acampó su Ejército, con parecer, y dictamen del General Huniades, sobre la Ribera del Savo, y à la frente de las Tropas enemigas, que ocupaban con sus Tiendas la opuesta Campaña, quedando vnidos los terminos, è impedida la comunicacion de vno, y otro Campo con la profundidad del Rio. Dixe con advertencia, *su Exercito*; y se le apropio al Santo, no solamente porque las Tropas, que le componian, se arreglaron, y alistaron à persuasivas de su predicacion; sino tambien porque los Soldados le pidieron por su inmediato, y absoluto Gefe, con protesta, de que no obedecerian à otro, sino à Capistrano. No desagrado al General esta resolucion; antes la tuvo por conveniente, porque por este medio se executaban puntualissimamente sus ordenes; las quales intimaba privadamente al Siervo de Dios; y este cuydaba de hazer

se cumpliesen. Sentado ya el Campo, renovó la Guarnicion de la Plaza; y alenó à los Soldados, para que no desamparassen las Brechas, que iban abriendo en las Murallas las Baterias. Podia tanto con sus persuasiones, que en medio del fuego, que llovía sobre la Plaza, traía à los Soldados, no solo con el valor en las manos, sino tambien con la alegría en el rostro: y se servía del fuego de los Barbaros, para encender mas en los coraçones de los nuestros el ardor, y zelo de la Santa Fè.

Pero el General Huniades (en quien la comprehensio mayor de las cosas de la guerra batallaba continuamente contra las esperanças de la Victoria) bolvió à caer de animo, luego que desde las Murallas registró el Campo de Mahomet, cuyas fuerças se le representaban insuperables en aquella providencia: y estuvo poco menos que arrepenido de aver tomado el Baston. Alenóle segunda vez el Santo, y deshizo el yelo de sus temores con el fervor de vn discreto razonamiento, en que templando diestramente sonidos de reprehensio, y sumisiones de vrbánidad, subió de punto la voz, no sin armonia, y habló al General algo mas alto de lo que acostumbra: No quiero, Señor (le dixo) no quiero, ni pretendo, que V. Excelencia de sus oidos à mis voces: pero no niegue sus ojos à esse Rio (y señaló al Danuvio) cuyas olas aun todavia mal folegadas de los embates de las Naves, y teñidas en la sangre de los Barbaros, son gritos, que à vn tiempo acusan nuestra poca Fè, y aplauden el poder de Dios. Quales eran las fuerças de nuestros Baxeles, medidas con las del Turco? Pero que no fueron auxiliadas de la Divina? Será esta acaso menos poderosa en la tierra, que en el

agua?

agua? No señor, no señor; que aquella excella mano, que desbolvió, y despenó las amontonadas hondas del Mar Vermejo sobre los Gitanos, para libertar el Pueblo cogido: fue tambien la que en otra ocasión detuvo al Sol en su carrera, para que el mismo Pueblo perficionasse en el Campo la Victoria. Hagamos, pues, señor, de nuestra parte lo poco que Dios nos pide; y no dude V. Excelencia, que ha de hazer en nuestro favor lo mucho que puede. El afecto de estas palabras se dexó ver al punto; porque, sin permitir dilaciones, se aplicó Huniades al reparo de las brechas, que iban creciendo por instantes con la continuada batería de los enemigos: Animaba à los Soldados, antes con el exemplo que con la voz, dando siempre primero que otro los passos àzia el peligro. Velaba sobre las Centinelas, cuidaba del buen orden de la Guarnicion; y en fin, ocurría à quanto pedía à vn General de su nombre vna ocasión de tales circunstancias.

No era menor la actividad, con que se movía el Santo Caudillo; porque de dia, asistía en la Fortaleza; de noche, en el Campo: y en vna, y otra parte dando ordenes, y providencias, trabajaba infatigablemente. El General viendo al Siervo de Dios en perpetuo movimiento, gyRANDO casi sin cesar del Campo al Castillo, y de el Castillo al Campo, siendo vna milla la distancia de vno à otro; le precisó à que tomasse el mejor de sus cavallos, à fin de que en el dieste expediente à las cosas de su incumbencia con mas brevedad, y menos fatiga. Aceptó el favor: y al punto descubrió el que tenía de Dios, para ajovar con tantas cosas sobre todas las fuerças mas robustas; porque el generoso bruto, no pudiendo aguantar à la actividad fogosa del Gi-

nete, reventó de cansado, y cayó muerto en el Campo à vista de todo el Exercito. Admiróse este dignamente con tan extraño espectáculo, viendo que el zelo de la Santa Fè hazia reverdecer el vigor de la juventud en vna ancianidad tan venerable, que contaba ya mas de setenta años. Cesara acaso su admiracion si supieran era Capistrano espiritu todo de fuego, que iba; y bolvia en semejança de rayo encendido: y à tales espíritus; solo puede dar aguante alguna de las Pias de la Carroça de Dios.

Todo este desvelo, y actividad del Santo, iba ordenado principalmente, à que así en la Plaza, como en el Campo se conservasse el temor de Dios; sin que las libertades de la Soldadesca atropellassen los fueros de la Ley Christiana. Renovaba continuamente en la memoria de los Soldados las promesas, y exemplos de las Santas Escrituras; que vinculan la felicidad de las batallas al exacto cumplimiento de los Divinos preceptos; y no quería que la transgressio de estos por falta de su cuydado pudiesse la Victoria en contingencia. Cogió el fruto de estas fatigas tan à satisfaccion de su espíritu, que dize vn Historiador (que se halló presente) mas era la Campaña Comunidad bien ordenada de Novicios Religiosos; que exercito acompañado de Soldados libres.

En consequencia de sus deseos, y entre el estruendo, y tropel de tantas ocupaciones, celebraba con imponderable sosiego, y devocion todos los dias el Santo Sacrificio de la Misa; y hazia, que los Capellanes de todos los Regimientos tambien la celebrassen, para que los Soldados la oyessen. Despues de la Misa les predicaba, persuadiendolos con zeloso ardimiento la defensa de la Fè, los deseos del martyrio, el temor. Santo